



MALTUS



GONZALO

(SOMERO ANALISIS POLÍTICO)



RIVERA

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN—LA FRANCE—

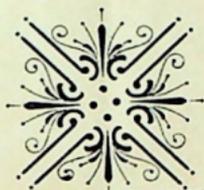
1896

Maltus

---

# CONZALO

(SOMERO ANÁLISIS POLÍTICO)



81.289

B.1289



RIVERA

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN LA FRANCE

1896

Al Señor Doctor Don Luis Melián  
Lafinuer dedica este ejemplar  
El Autor

## DOS PALABRAS AL LECTOR

---

Ruego al lector no pare mientes en la mayor ó menor propiedad del título de mi *cuento*, ni en la forma tal vez amanerada que le he dado: lo que yo deseo se observe es el *somero análisis político* que constituye lo esencial del incorrecto trabajo que someto al juicio del público, contando con la benevolencia que no podrá menos de inspirarle mi buena intención.

*El Autor*

# GONZALO

## Capítulo I

onzalo,— á quien rodeaba como siempre un selecto círculo de jóvenes estudiosos, ávidos de la luz de las ciencias,— se hallaba aquella noche en un estado de ánimo des-acostumbrado y sus impresiones se reflejaban en su faz, cubierta de una palidez, á la cual contribuía á aumentar la luz melancólica de una lámpara colocada sobre una mesa.

Un cuarto pequeño, pobremente amueblado, era su vivienda, y en ella se sentía feliz, lejos de lo grande del mundo.

Allí concurrían sus amigos á oírle disertar sobre temas filosóficos. Gonzalo en tales circunstancias sentíase acariciado por las más dulces impresiones, al pensar que aquellos jóvenes eran como él, de espíritu elevado, de aspiraciones nobles, amantes de la verdad, á la que buscaban con el afán del minero que desciende á lo interior de la tierra y arranca de sus entrañas el metal precioso.

Sus amigos, aquella noche, no pudieron menos de sentir una impresión desagradable al advertir su semblante demudado, y por una aberración inexplicable, permanecían mudos, á pesar de sentirse hondamente aguijoneados por el acicate de la curiosidad.

Esperaban con esa impaciencia propia de la nerviosidad de la juventud, que Gonzalo desplegara sus labios y les arrancara de la mente aquellas dudas abrumadoras, y del alma aquellas sensaciones desesperantes.

## Capítulo II

Sus amigos esperaban recibir una sorpresa desagradable, y lo que más temían era que el caprichoso destino les separara de Gonzalo, que era para ellos un centro de atracción que los unía.

Habiase esparcido por todos los ámbitos del país un rumor alarmante, según el cual estábamos abocados á los tristes azares de una guerra civil, y todos aquellos ciudadanos amantes de la patria y que le deseaban una situación feliz, cifrada en la paz y en el trabajo, sentían un mortal desencanto al prever la obra disolvente de una revolución, empresa á que suele arrastrar la pasión partidista á hombres obcecados por un pesimismo estúpido.

Tiempo hacía que la obsesión revolucionaria hacía presa hasta en algunos espíritus selectos que no veían otra solución á los problemas políticos por ellos planteados, que una transformación radical del orden de cosas, y ésto no lo veían realizable por otro medio que el nada socorrido de la destrucción de una obra por ellos conceptuada mala, y la construcción de otra obra para la cual no tenían elementos. Y, como dice un eminente historiador, " no hay error más fu-

“ nesto que el que induce á la destrucción de un sistema que  
“ de inmediato no se ha de reemplazar por otro más perfec-  
“ cionado; „ y aplicando este precepto á la politica, ofrece  
esta otra inconveniencia: que á veces un perfeccionamiento  
es perjudicial á una nación, cuando no se halla preparada á  
recibirlo, puesto que los pueblos no se adaptan á los cambios  
bruscos, y sólo se verifican las transformaciones sociales de  
una manera sólida por las evoluciones á que da impulso in-  
conscientemente todo el pueblo, en labor colectivo, al amparo  
de la paz, etc.

Los amigos de Gonzalo, bajo la impresión de las noticias  
circulantes, se hallaban en ese estado de ánimo que  
predispone al pesimismo, y esperaban de aquél una mala  
noticia.

Por fin, Gonzalo habló.

---

### Capítulo III

**H**asta ahora, — dijo, — jamás hemos conversado sobre el  
espinoso tema de la politica en nuestras íntimas reu-  
niones, en las cuales gozamos del grato esparcimiento que  
halla un espíritu culto en la discusión amistosa de cuestio-  
nes científicas; pero hoy, amigos míos, me siento hondamen-  
te herido por un sentimiento que toca los límites de la pa-  
sión:— el sentimiento que hiera el alma de un hombre pa-  
triotá, cuando prevé infinitos males para la tierra querida  
donde se meció su cuna!— Hoy hablaré de politica.

“ Se ha levantado la voz de los hombres sensatos, á quienes no inspira la pasión de partido, á quienes no guía el interés del proselitismo incondicional que induce á unos á aplaudirlo todo y á otros á censurarlo todo sistemáticamente: á quienes, en fin, no seduce ni ilusiona la ambición del poder ó la ambición de la gloria; y esa voz ha condenado la idea de impulsar al país hacia otros rumbos por medio de un movimiento subversivo contra el actual orden de cosas. Pero esa voz ha tenido el eco de aquella del ilustre tribuno romano, de quien decía Mr. Gustavo Le Bon: “ En vano Catón tronaba contra la corrupción: su voz se perdía en el desierto entre los gritos de triunfo de los conquistadores y el orgiástico rumor de los festines. ”

“ Yo, queridos amigos, libre de todo resabio de apasionamiento por ningún círculo ni bardería — porque jamás fui prosélito incondicional, adorador de ningún cintillo, — expodré mi juicio acerca de nuestra situación política, tratando de darle la explicación más lógica y no la que más convenga á mis intereses.

“ Los hombres del presente, los ciudadanos que actuamos en el día, constituimos una generación surgida de entre las pasiones efervescentes de los malhadados partidos tradicionales, que han sido para la patria dos sombras funestas, siempre amenazantes, siempre conspirando contra nuestro progreso. No hemos podido, pues, sustraernos á la influencia de un fatal atavismo que nos da impulsos hacia la misma senda recorrida por nuestros predecesores.

“ La historia, ese oráculo impasible, es fuente purísima donde debiéramos beber inspiración para juzgar nuestra situación política; donde debiéramos buscar las leyes á que obedecen nuestros fenómenos políticos; donde debiéramos, en fin, buscar luz para el camino de nuestra conducta, obscurecido por el error que nos ha obcecado con la preocupación ó manía de que la causa de nuestros males son nuestros gobiernos. “ Esto es lo que quisiera poner en claro.

“ ¿Por qué nos damos malos gobiernos?

“Estoy seguro que el 99 por ciento de las contestaciones que se me dieran á esta pregunta, no serían conformes á la razón.

“Las instituciones políticas son como un reflejo del grado de civilización en que se halla un pueblo. El gobierno surgido del medio de un pueblo bárbaro, hará una administración compatible con el estado social del país que lo eligió, y lo mismo harán los gobiernos que se dan los pueblos civilizados; pero cuando éstos y aquél sepan sostener el equilibrio del orden en los pueblos que gobiernan, se observará que para obtener ambos un mismo resultado habrán recurrido á medios completamente distintos.

“Las resoluciones que dictan los gobiernos son respetadas por los pueblos; pero, ¿es que el gobierno le impone al pueblo el acatamiento de un decreto, ó que el pueblo le impuso al gobierno la *precisión* de dictar tal decreto? Busquen ustedes, en esto, la verdad.

“El pueblo, indudablemente, es el que impulsa al gobierno á seguir un camino, y si nuestros gobiernos han seguido un camino malo, sépase que se ha cumplido aquel proverbio que es una ley histórica infalible: “los pueblos tienen los gobiernos que merecen;—del cual proverbio dijo sensatamente Don Alfredo Opisso—director de “La Ilustración Ibérica”—que sería más cierto si dijera: “tienen el gobierno *que deben tener*”—por aquello de que la condición ó las cualidades de un gobierno, son relativas al medio del cual surgió.

“¿Por qué, pues, tener la pretensión de que el Presidente Flores, por ejemplo, dictase para nuestro pueblo los mismos decretos que dictó el General Mitre para el pueblo argentino? Por qué pretender que nuestro Ministro de Hacienda arregle nuestras finanzas, por los medios de que echó mano Colbert, en el reinado de Luis XIV, ó que se guíe por lo que quiso poner en práctica el Barón de Necker, para arreglar la cuestión de hacienda, que fué el gran problema con que se abocó Luis XVI al comenzar su reinado? ¿Por

qué pretender que se hagan nuestras elecciones como se practican en los Estados Unidos ó en Francia?—Lucido estaria el mejor de los Presidentes de la gran República Norteamericana si viniera á gobernar á los orientales con las mismas leyes que gobernó á los yanques!

“Hubo un Presidente en nuestra tierra, que dijo en su programa de gobierno, estas palabras, más ó menos:—“Seguiré siempre el consejo de la opinión pública, sin perjuicio de apartarme de ella cuando la crea mal encaminada.”—Cuando este presidente hubo terminado su período de gobierno, bajó odiado por el pueblo; pero era un hombre de gran talento y no sintió remordimientos de conciencia, porque tenía convicción de haber gobernado bien, y cuando oía las protestas de la opinión pública, recordaba aquellas palabras de Solón:—“No les he dado á los atenienses las mejores leyes que cabe imaginar, sino las que mejor les convenían.”

“Pero, queridos amigos, muchos hombres de talento hay en nuestro país que no han podido sustraerse á los resabios que imprime á nuestro modo de ser y de pensar, la reciente época del caudillaje, y las funestas banderías. Por esta razón verán ustedes que la mayor parte de las veces se impone á la opinión sensata é ilustrada de un hombre culto la erradísima opinión de la plebe, que en nuestra tierra se da el lujo de formar juicio sobre el más complicado problema político, con la misma frescura con que habla de lazos y boleadoras. La razón es obvia: éste es hijo de un capitán del general Goyo Suárez, aquél es sobrino de un comandante que sirvió con Aparicio; y están imbuidos en las preocupaciones é ideas de sus antecesores, á quienes siempre vieron ocupados en asuntos políticos y con los ojos fijos en el gobierno. Todos, pues, somos políticos y financistas, desde que nacemos!

“Para qué trabajar, si nuestra vocación no es esa y hemos nacido para empleados de gobierno ó para militares? Y cuando no haya hueco para nosotros en las filas del gobierno, el deber nos señala un puesto en la oposición y

tiene que ser nuestra bandera el estandarte revolucionario. Esta es la lógica de los hechos que se eslabonan desde los albores de nuestra emancipación política. Esta es la ley indefectible que nos rige, y su principio es el siguiente:

“Los orientales nacen indefectiblemente *blancos ó colorados*. A la edad de diez ó doce años ya deben tener perfectamente definidas sus ideas políticas, y desde entonces empiezan á figurar en las columnas opositoras ó defensoras del gobierno. Si figura en las primeras, empieza, por espíritu de oposición á atribuir al gobierno todos los males que sobrevengan al país y así va formándose gradualmente un espíritu pesimista, que lo conducirá al apasionamiento. Si figura en los adictos al partido que gobierna, empieza á ver en los opositores una causa de rémora, un obstáculo á la buena marcha del gobierno, para hacer caer á éste en error y justificar el movimiento subversivo con que pretenderá conquistar el poder en momento propicio.

“Un pueblo de esta naturaleza ¿qué gobierno se dará? —Les citaré á este respecto las palabras de un historiador notable, que se refiere á las formas de gobierno que son consecuencia de la naturaleza de cada pueblo: “Si se trata de un pueblo nómada,—dice,—veremos que apenas hay sombra de centralización política; pero, en cambio, adquiere tiránicas porciones la autoridad paterna, mientras sucede lo contrario en los pueblos sedentarios. Un pueblo pacífico, como el de los esquimales, no necesita apenas autoridad. En cambio un pueblo belicoso ha menester de un jefe: no se concibe un pueblo guerrero sin un brazo de hierro que lo guíe y se haga obedecer con ciega sumisión. No se hubiese conocido nunca la autocracia si no se hubiese conocido la guerra. La guerra ha dado lugar á la dictadura, al cesarismo y á la monarquía absoluta.”—  
¿Se explican ustedes, amigos, que nuestros gobiernos sean semi-autocracias, siendo así que deben regir á un pueblo belicoso, pronto siempre á alzarse en armas, al primer grito de rebelión lanzado por el más obscuro caudillejo? ¿No han observado ustedes que los pueblos de los distintos departamentos de la Re-

pública siempre ambicionan para jefe político á aquel hombre capaz de reunirlos en torno suyo al primer llamado, y de imponerles luego su voluntad y de conducirlos unidos á cualquier empresa? Pues el prestigio de estos hombres que llamamos caudillos, explica el espíritu belicoso de nuestro pueblo, que siempre busca un jefe que le sepa imponer su voluntad. Y de aquí se sigue que el Gobierno Central ejerza una autoridad de tal guisa, que tenga á raya á esos *caciquillos* y conserve el orden en las *tribus*.

Pero por otra parte, tenemos una Constitución que es un primor, porque se copió de un pueblo civilizado. Esa Constitución está en muchas cosas opuesta lógicamente á las condiciones del espíritu nacional y á las necesidades de nuestra sociedad, y sucede que los gobiernos se ven precisados á olvidarse de las prescripciones constitucionales y proceder de acuerdo con las conveniencias del país. De aquí surge un grito de protesta de aquellos que consideran criminal el desacato á las disposiciones de nuestro código fundamental.—¡Oh! el extranjero que nos juzgue por lo que dice la Constitución, se formará una idea erradísima de lo que somos!

“Y lo que más nos perjudica es el no buscar la verdad en nuestras cuestiones políticas y tomarla por punto de partida. Pero para la mayoría de los orientales, en las cuestiones políticas,

“Si existe, está la verdad  
Dentro de un pozo profundo”

—como dijo Campoamor,—y sienten escrúpulos de descender al fondo del pozo en busca de la verdad, y generalmente los que algo ven en esto, viven indiferentes, mirando el carnaval de nuestra política con ojos donde se refleja la ironía, como se vé en sus labios la sonrisa sarcástica de Voltaire!

“Ven ustedes en estos momentos la perspectiva que ofrece el mar de nuestra política con sus aguas turbias agitadas por la borrasca? Ven como chocan las olas y se despedazan en medio del estruendo de la tempestad? Ven ese

conjunto lleno de magestad espantosa ? Bullen las pasiones, y el hombre convertido en fiera ya siente con avidez el ansia de la destrucción y la sed de sangre !

“Tristísima es nuestra situación, pero no cejamos en el empeño de conservar á Rivera al frente de Oribe... Esta es una de las tantas resonancias del absurdo: es una consecuencia del predominio del error.

“ Piensen, amigos, en el porvenir de nuestra patria con el interés del hombre bien intencionado, que depone sus pasiones en aras de lo justo y razonable, y busca la verdad, aunque ésta le sorprenda desagradablemente. „

---

## Capítulo IV

**T**erminó Gonzalo, y sus amigos se retiraron llevando en la mente la luz de la verdad que les disipaba las tinieblas de la confusión de ideas, que, — respecto á cuestiones políticas, — hasta entonces les había conducido el pensamiento al caos de las conjeturas inspiradas por suposiciones sin fundamento.

La perspectiva de la guerra civil, con su cortejo de calamidades públicas, se ofrecia á la imaginación de los amigos de Gonzalo. Veían claro en el intrincado asunto de nuestra situación política. ¿ Se trataba de derrocar al gobierno? — Pues no había que buscar la explicación en otra cosa que en la *maña vieja* é incurable de nuestros partidos tradicionales. El partido de la llanura quemará hasta el último cartucho contra el de la cumbre, y toda su astacia

y sutileza será poca para buscar el medio de zapar los cimientos de la obra que se empeña en construir el partido del poder. — No creáis que al partido de la llanura lo inspira el patriotismo. ! No! lo inspira la pasión que el virus del partidismo ha engendrado!

Rivera, Diciembre 1<sup>o</sup> de 1896.

